

# Vida

Brenda Ríos



"Le Roi S'Amuse", ilustración para *The French Revolution: A History* de Thomas Carlyle, Londres, 1924. (Imagen: The Print Collector / Getty Images)

**L**LA VIDA, FRENTE A MÍ, EN LA VITRINA. Le dije al chico, sí, ésa de ahí. Suculenta. Me senté frente a ella y usé el tenedor con respeto: la crema estaba en su punto, la corteza era a los ojos la mejor prueba de lo mejor del mundo. Mi boca deshecha del placer recibió el bocado. Antes del sabor está el placer de esperar el sabor; la consistencia; la sustancia en la lengua, en los dientes. Pero no, no podía ser. ¿Qué era eso? Nada. Sabía a nada. No sabía igual a su apariencia. Sabor hueco.

¿Cómo algo que se veía delicioso podía ser tan insípido? El hambre se fue. A menos que hubiera perdido el sentido del gusto. Di un sorbo al café pero no, tenía sabor: amargo, caliente.

Así que esto es. Una gran rebanada de vacío. He pasado dos noches en vela pensando en las vidas que he tenido. Vidas donde fui, hice, regresé. Y ahora, esto: Nada. Sabor a nada. Me gasté el sabor, el interés, el deseo. Lo que me debía pasar en treinta años se adelantó: una parálisis de sentidos. No veo, no oigo. Las palabras son flores puestas demasiado tiempo en la misma agua.

Me dediqué entonces a ver todas esas películas lacrimógenas: gente feliz que un día tiene un accidente o enfermedad atroz y se ve obligada a renunciar a lo que más dicha le daba; vence la adversidad y el bien triunfa. Uno, en esos casos, agradece que puede caminar, mover las manos, salir de la cama y bañarse por cuenta propia.

Pero no fue suficiente. Intenté los documentales. Niños muriendo de hambre, niños sin medicinas, sin higiene, viviendo en situaciones desesperadas. Gente que muere en esos caminos de tierra cargando sus posesiones en un hato de tela. Pero no fui capaz de agradecer mi realidad.

Parecía que nada me iba a conmovir y yo era la estalactita pálida y autosuficiente. Ni el viento podía moverme. Frívola, colocada en los altos tacones de los intocables por pobreza, enfermedad, locura, muerte de alguien cercano, enfermedad, embarazos no deseados, era incapaz de verme —como vi esa rebanada— en las vitrinas. No tenía sombra. Nada se movía cuando caminaba.

Las amigas me parecían triviales, tediosas. Años hablando de lo mismo: la apariencia y los hombres. ¿No hay otros temas? El desempleo, por ejemplo. No. El sexo, la falta de sexo, si tienes meses que nada. Si nadie se fijará ya nunca en mí. Gorda, gorda, y triste. Hormonadas solas, solteras o con pareja es lo mismo: lo triste es mal aliento, pantanoso. Los amigos. Si ganan lo mismo. Si el cabello se cae. La apariencia, nunca sus mujeres. Si los proyectos. La misma conversación de años. Con menos

entusiasmo. Veamos: las mismas personas, mismo diálogo, misma ciudad, sólo que todos envejecidos. Es la misma puta obra de teatro que hacemos sin público. Alguien nos grabó una sola vez y se nos quedó el sonsonete, las expresiones coloquiales. Igual, cuando él dice tal cosa tú dirás eso, así. Menos dramático, exacto.

Inflexiones de la voz. Sostenemos esto de tal modo que no necesito que vengan a hacer la obra: los tengo en la cabeza, sé cuándo llegará el improvisado con una botella de vino y dirá “Perdón, el metro se paró una hora”. Sé también cuando otra más mirará el estante de libros y tendrá nostalgia de algo que no atinamos a adivinar pero es profundo y se relaciona con un hombre mayor que amó y blablablá.

Veinte años de la misma extendida conversación sobre las mismas cosas. La misma indignación por esto o eso.

Mis amigos, siempre entre el espanto de su clase y la indignación por no poder hacer más por sí mismos. ¿Qué más da?

Los actores ancianos se van perdiendo y llegan nuevos a tomar su sitio. Por muy aburrida que estuviera seguía sin conmoverme. Mi piel era una coraza de langosta y nadie podía aventarme a la olla de agua hirviendo.

Sin conmoción, con el golpe de la vida encima (pastel de crema en una película francesa o los tres chiflados), me veo en esas vitrinas y no me reflejo. En lugar de mi cara aparece un maniquí, sonrío, esquelética, en una sola postura, el rizo falso, el vestido colocado con alfileres a la espalda: un maniquí contiene la respiración. Yo estoy de paso, él se queda aquí, pobre, eterno sonriente sin nada adentro. Humanidad falsa, como la nuestra. 